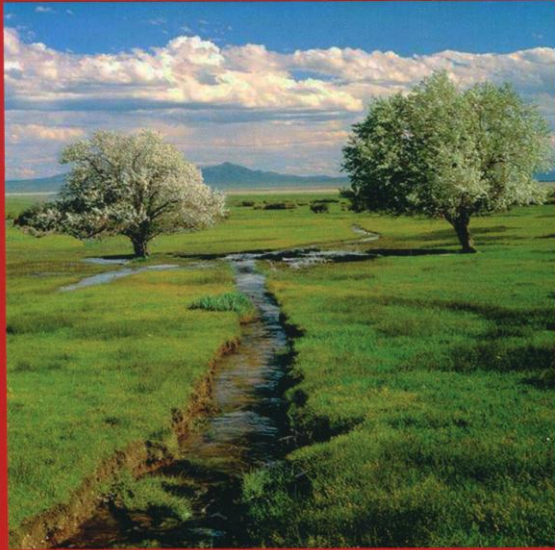


Juan Pérez Pozo

Entre tú y yo



© Libros ENCASA. Ediciones y Publicaciones

© Juan Pérez Pozo

I.S.B.N.: 978-84-943740-9-8

Depósito Legal: MA-676-2016

Autor: Juan Pérez Pozo

Realiza: Libros ENCASA

EDICIONES Y PUBLICACIONES

C/Ferrándiz, 22-Bajo A 29012 Málaga. TL:

952 65 21 71 e-mail: info@librosencasa.es

www.librosencasa.es

Printed in Spain. Impreso en España

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO:

¿Es posible describir un pueblo?11

CAPÍTULO SEGUNDO:

¿Qué fuerza posee lo que influye en los recuerdos de la niñez?39

CAPÍTULO TERCERO:

¿El paralelismo entre juventud y aventura forma parte del destino?55

CAPÍTULO CUARTO:

... ¿Queda algún delito impune en el interior de quien lo comete?73

CAPÍTULO QUINTO:

... ¿De dónde provienen los sentimientos?..... 155

CAPÍTULO SEXTO:

... ¿Qué espolea la vuelta a casa?..... 205

CAPÍTULO SÉPTIMO:

... ¿La suerte también está predestinada?..... 271

CAPÍTULO OCTAVO:	
... ¿El baile y el abrazo favorecen la fusión?	301
CAPÍTULO NOVENO:	
... ¿En qué consiste el triunfo?.....	331
CAPÍTULO DÉCIMO:	
... ¿El descanso exime de la ansiedad?	353

A mis padres, Juan y Salvadora.

De cada uno de ellos y de ambos, como matrimonio, aprendí: a ser comprensivo en lugar de tolerante; a darle valor a la escucha para elegir la mejor respuesta; a respetar antes de exigir respeto.

He sentido y sigo sintiendo: su amor generoso, desprendido, benévolo., libre de peso; su amor educativo, sufrido al corregirme; su amor abnegado e indulgente al acompañarme en mis ciclos vitales; su amor, comprometido en la propia esencia amorosa, simplemente por ser quien soy.

No me canso de escribir, desde las afueras y desde los adentros, la palabra amor en la dedicatoria de este libro a mis padres.

"Yo no pinto lo que veo, pinto lo que siento

Pablo Ruiz Picasso

CAPÍTULO PRIMERO:

¿Es posible describir un pueblo?...

¿Es posible describir un pueblo? ¿Se le puede tomar el pulso sin sobrepasar el límite de la objetividad? ¿Qué desconocido gesto emocional nos hace intuir sus espacios, sus aires y sus sombras?

El pueblo se llama Podioego. La vega, vetuada de trigales y olivos, a cuyo regazo proliferan las huertas familiares, concurre tan consustancial como el hálito del poder que connota la atmósfera de su término municipal: un sentimiento que anega a quienes ejercen el mando, y también a los que cumplen las órdenes, en un modo de sentirse partícipes que ahoga el destino en espejismos de gloria dividida en partes desiguales.

Su calle principal es conocida como la de Los Principios. Situándonos en su mediación y mirando hacia el oriente, desemboca en la plaza del Entorchado, donde se asienta el palacete de Los Bermúdez, cuya fachada observa perennemente austera, señorial e inflexible, su longitud. Al tornar la vista a occidente la calle desemboca en la plaza de los Fajines, donde se asienta el palacete de los Zaro, cuya fachada, asimismo, observa perennemente austera, señorial e inflexible esa longitud grave que diferencia su aire del resto de las vías.

Visto en un plano, el centro de este pueblo, semeja, por su simetría, a un templo griego: de la calle de Los Principios parten, cual naves perpendiculares a la central, ocho bocacalles: cuatro hacia la izquierda y cuatro hacia la derecha, según se mira al sol naciente. Y, así, partiendo de la plaza de los Fajines nos encontramos sucesivamente a nuestra diestra con las calles de la Libertad, de la Honestidad, de la Lealtad y de la Imparcialidad, mientras hemos dejado, exactamente a su misma altura, como prolongación unas de otras, a nuestra zurda, las calles de la Amistad, de la Igualdad, de la Bondad y de la Solidaridad, antes de pisar la plaza del Entorchado.

La calle de Los Principios no tiene un nombre de utopía deseada que se fundamente en ideales altruistas desde unos cimientos de convivencia; su nominación responde a una necesidad colectiva para que la resonancia semántica más representativa de un lugar habitado se despege de la

realidad cotidiana y sea capaz de ensamblar en su entorno un modus vivendi, que siendo utópico para la mayoría de la población, forme parte del presente de quienes lo consolidan y esté en la órbita del futuro de quienes lo rodean.

Su empedrado, de homogeneidad impecable, al igual que las losas de sus aceras, son dignas de los edificios cuyas fachadas se miran entre sí, con la altivez que les connotan los que habitan entre sus paredes, sumergidos en un conglomerado de vaivenes conductuales donde la simulación alcanza el grado de preeminencia. ¡Cuánto alimenta lo huero!

En esta vía se asientan los comercios de más solera de la población:

La joyería, con sus relojes suizos de alta precisión que no todos pueden sacar, para lucirlos, del bolsillo del chaleco, aunque algunos, como novedad, pueden verse en el escaparate, flanqueados por una correa para abrochar a la muñeca. La manera de medir el tiempo no evoluciona mucho, pero el ángulo para mirarlo se escurre en la vaselina de cualquier moda. Las mujeres quedan admiradas de los collares y zarcillos expuestos. A aquellas que don Rogelio, el dueño, les abre la puerta para despedirlas con una leve sonrisa, bajo su finísimo bigote, que sostiene desde que han empujado, con sus pulcros y ensortijados dedos, la puerta acristalada y se ha percatado de su presencia, y que se amplía en el adiós, suelen pagar en el acto; y, además, no sólo compran pata si mismas, sino que tienen la delicadeza de regalar a sus maridos unos gemelos con sus iniciales, por ejemplo, en su onomástica. Las más, son despedidas tras el mostrador con el libro de dita entre las manos y un gesto de conmiseración y de paciencia.

La sombrerería, con los últimos modelos vistosamente expuestos en el escaparate sobre la cabeza de varios bustos de maniqués, cuyos trazos faciales distan lo indecible de quienes los compran; de lo cual nadie se extraña: parece que los humanos tenemos en el inconsciente unos rasgos de perfección de nuestras fisonomías diseñadas por un desconocido pero único patrón interior, que hacen aflorar los fabricantes de figurines de cartón y que reconocemos tras los cristales de los expositores, como algo tan obvio que se pasea por el continente de cada uno, sin que necesite pasar por el filtro que supone transformarlo en idea; ésta casi nunca se contrasta con lo previamente asumido; como si pudiesen entrar por una puerta trasera, a la que sólo se puede acceder ante una guardiana llamada confianza, que abre exclusivamente a la vista del salvoconducto de lo que forma parte de nosotros mismos, aunque el código sea un secreto de la consciencia. Pueden verse gorras de visera abrochada, que suelen comprarlas a cuadros los señoritos para ir de cacería, y de color único, habitualmente discreto, que son adquiridas por los aperadores, los manigeros, los caseros, los braceros... para dirigir, aprovechar, preservar y realizar las labores del campo; para descubrirse, con un respeto insuperable, ante el paso de un entierro o en el umbral de un despacho prestigioso con un sobrecogedor aire de indefensión; para acudir diariamente, tras la cena temprana, al café donde espera el ambiente cálido, sobre aire viciado de humos, toses y carraspeos, de los paisanos ensamblando gestos de contrición y de euforias, retenidos al depositar los naipes sobre el tapete o las fichas de dominó sobre la mesa de cinc; para combinar con el traje de los domingos e imitar el garbo de los actores de cinemascopio al pasear, en los días de feria, entre las casetas de turrón, intentando atraer los ojos de alguna mocita; para agitársela en salutación con mensaje oculto, cuando la bicicleta que se monta dibuja una perífrasis por los amarillentos caminos para divisarla acurrucada en las vides de los atardeceres de septiembre, en el solar umbrío de cada olivo al alba de los días de diciembre, o, irguiéndose, hoz en mano, sobre los trigos de junio para sentir un momento que el eje de su cintura aún cimbraba su talle; esa gorra que revolotea en la mano es el signo de un sueño: ser el complemento de aquel pañuelo que oculta el pelo largo, que roza las mejillas (donde se asienta un óvalo grana que ha ido esbozando el sol), que se anuda en la barbilla de quien se busca en el saludo. Pueden verse, también, los sombreros de palma, testigos excepcionales de la liturgia que conlleva la recogida de la cosecha y su culminación en las eras,

arrinconados como mercancía que hay que proveer, porque todo buen comerciante pasa por tal cuando dispone, en todo momento, del surtido completo que la demanda exige, pero nunca tienen el honor de asentarse en lugares prominentes de la tienda, reservados para sombrerería de otra estirpe, como el hongo gris que la población no había visto sobre cabeza alguna hasta que se presentó aquel hombre regordete que lo lucía haciendo juego con un traje País de Gales; iba repartiendo folletos de un circo instalado en las afueras; cuando se acercaba a un grupo de mujeres lo blandía unas milésimas de segundo por encima de su calva a modo de saludo, tras lo cual, y sin faltarle una sonrisa tan melosa como mecánica, obsequiaba a cada una con la propaganda impresa que portaban sus cuartillas, sin hacer el menor comentario, con un suave gesto de complicidad hacia un pequeño misterio que tendrían que descubrir, a través de su lectura, quienes las recibían. Como el calañés, con sólo dos posibles compradores: los clérigos de las dos iglesias de la vecindad; aunque, a veces, el panorama de clientes se ampliaba con algunos curas de paso, o con los padres de los cinco seminaristas locales que se interesaban por la indumentaria completa de sus hijos en el futuro; aunque, a decir verdad, este sombrero de alas abarquilladas se encuentra cada vez más en desuso. Como el cordobés, de ala ancha y plana que remata la máxima apostura del tronío varonil de estas tierras en las fiestas patronales; no hay mozo que no lo cuide diseminando, por el atillo del ropero que lo guarda, algunas bolas de alcanfor; ni hombre maduro al que no le otorgue un rasgo de transcendencia no sólo en la faz: curtiendo la piel áspera de serenidad, sino también en el gesto: con nervio interior y, a su vez, labrado con el sosiego que al ejecutarlo, comunica parsimoniosa convicción ancestral; ni anciano que no reviva, al apretarle las sienes, el hálito de vivencias anteriores que le hacen tener unos cimientos que influyen en su presente: no es lo

mismo vivir desde lo que renueva que vivir desde lo marchito; lo vivido configura el presente cuando entre lo experimentado y lo sentido existe una identificación recíproca: cuando llena el paisaje y las costumbres del lugar donde se vive y, a su través, se forjan las ilusiones; la nostalgia pesimista de lo arrebatado por la impotencia de parar la propia evolución corporal, lleva, por el contrario, a una adaptación forzada al ámbito donde uno se desenvuelve, un desarraigo incomprensible a lo que rodea y a quienes lo hacen posible, que se torna en desencanto al darse, casi siempre, la contradicción de un apego enfermizo, soñador, utópico, profundísimo al terruño, que se multiplica al conocer otras tierras lejanas y haberse buscado el ideal en ellas. Como el gacho, de copa baja y ala ancha tendida hacia abajo que lucen los grandes comerciantes, los pequeños hacendados, los dos caciques, el boticario, el secretario del ayuntamiento, el juez... para presidir los trajes beis y grises que se asientan tapando los calzoncillos de algodón y sobre la impecable camisa blanca de cuyo cuello cuelga una corbata a tono, no siempre recién planchada, que se sumerge bajo el amplio escote del chaleco complementando a la cadena, en relajado o tintineante arco, del reloj de bolsillo, éste sí, siempre suizo; un conjunto que dependiendo de los movimientos de quien lo luzca, otorga un tono circunspecto y respetable o un aire de misterio en hombre con fortuna de origen dudoso y elegancia circunstancial; pero en uno y otro caso, invariablemente, por simple asociación, la imagen dada, al pronto, como un chispazo fugaz, rememora el ambiente norteamericano que se ha distribuido por todo el mundo a través del celuloide: los agentes del F.B. I., Chicago, la bolsa de Nueva York, los hombres de negocios, el Congreso... una moda que quizás allí esté cayendo en desuso y acá se descubra como un referente. Se nota que se trata del sombrero que más disfruta vendiendo Tiburcio Redondo, que sufre, con dos grandes entradas desde los parietales y una rala coronilla, la investida de la alopecia, cuya devastadora blancura contrasta con sus mejillas de salmonete, a pesar de las muchas horas que su piel sólo recibe la penumbra. Cuando pasa un tiempo indeterminado en el que no entran clientes suele ir hacia la puerta con su andar cimbreado y patoso, con la cabeza altiva de barbilla que quiere, inútilmente despegarse de la papada, buscando desde el desdén la consideración que el garbo no le otorga; y en esta búsqueda de lo honorable franquea el umbral para dar unos pasos sobre la acera, donde mecánicamente lleva sus rechonchas

manos atrás, saluda, con una cortesía impregnada de cierto deje cursi de patrón que exige reconocimiento (¡qué largos son los tentáculos del patetismo!), a los viandantes y, tornar de nuevo a penetrar en la tienda, donde, al momento de hacerlo, se le escapa un hondo y seseante suspiro, como si el aire exhalara la paciencia condescendiente para con su entorno, proveniente de quien se supone a sí mismo más cualificado por sentirse capaz de sacar más jugo práctico a sus experiencias vitales, aunque no tenga la oportunidad de demostrarlo, cosa que no perdona. [...]